

PIONEER CRITICISM OF PEDRO FRANCISCO BONÓ TO THE IDEA OF PROGRESS IN THE SECOND HALF OF THE 19TH CENTURY

Resumen

Este artículo de investigación propone examinar, mediante una metodología cualitativa, el cuestionamiento de Pedro Francisco Bonó sobre la concepción salvífica de progreso que caracterizó al ambiente sociopolítico e intelectual de la sociedad dominicana en la segunda mitad del siglo XIX. Como referente histórico-social de su discurso crítico sobre el ideal progresista, el pensador social aborda la irrupción del capital monopólico europeo sobre un país que recién acaba de emanciparse de España y se empeña infructuosamente en establecer instituciones cónsonas con el Estado nación. Entre los obstáculos señalados figuran el analfabetismo y la ignorancia, la mentalidad colonial, la corrupción política y las prácticas neocoloniales. Sin embargo, el intelectual crítico advierte que otro de los graves males es la teoría de progreso, enarbolada febrilmente por liberales y positivistas. Los resultados del presente análisis explican las argumentaciones al respecto, a la vez que se analizan las diversas etapas de la conceptualización de Bonó en torno al despliegue de dicha categoría por el entramado social dominicano.

Palabras clave

Idea de progreso, modernidad, Estado nación, neocolonialismo, intelectual crítico.

Abstract

This research article's purpose through a quantitative methodology to examine Pedro Francisco Bonó's questioning about salvific progress conception, which characterized the sociopolitical and intellectual ambient of Dominican society on the second half of XIX century. As a social historical referent his critical speech about the progressive ideal, the social thinker approach the irruption of the European monopolistic capital on a country that recently emancipate itself from Spain and insist vainly in setting institutions related to the Nation State. Among the noted obstacles are illiteracy and ignorance, colonial mentality, political corruption and neocolonial practices. However, the intellectual critic warns that another of the serious issues is the theory of progress, feverishly raised by liberals and positivists. The result of the present work the arguments are explained in this regard, while analyzing the various stages of Bonó's conceptualization

Keywords

Ideas of Progress, modernity, State Nation, neocolonialism, intellectual critic.

Referencia: Minaya Santos, J. (2017). Crítica pionera de Pedro Francisco Bonó a la idea de progreso en la segunda mitad del siglo XIX. *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales*. 26(2), pp. 76-103. DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.4

CRÍTICA PIONERA DE PEDRO FRANCISCO BONÓ A LA IDEA DE PROGRESO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Julio Minaya Santos*

Universidad Autónoma de Santo Domingo

DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.4

Introducción

En la segunda mitad del siglo XIX, Pedro Francisco Bonó¹ impugna críticamente una idea admitida como supuesto obvio: que la sociedad dominicana transitaba por senderos consolidados de *progreso*, lo cual aseguraría bonanza y felicidad a todos los sectores sociales. Contrariado por quienes lo consideraban pensador retrógrado, Bonó refutó dicha postura, denunciando las desigualdades sociales en su país y el carácter expoliador del capital monopólico europeo, acicateado por la utopía progresista. Tal como sugiere el título, dicho autor emplearía toda su capacidad de intelectual crítico en cuestionar dicho paradigma, tarea que efectuó en el lapso 1880-1900. Para cumplir dicho cometido practicó una abierta disidencia de cara a los defensores de dicha visión, teóricamente cobijados bajo el paraguas del liberalismo y el positivismo. Convertido en hereje por la religión del progreso, Bonó resultó finalmente marginado por la intelectualidad de la primera mitad del siglo XX, razón por la que sus escritos solo serían tomados

*Doctor en Filosofía de la Universidad del País Vasco. Profesor adjunto en la Escuela de Filosofía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana. Contacto: julminaya@hotmail.com.

El presente artículo es el resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Fecha de recepción: 9 de junio de 2017; fecha de aceptación: 10 de julio de 2017.

1. Para conocer su biografía y pensamiento, véase: 1) Minaya, J. (2014). *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*, CCVI; 2) Cassá, R. (2003). *Pedro Francisco Bonó. Biografías Dominicanas*; 3) González, R. (1994). *Bonó, un intelectual de los pobres*.



en cuenta a partir de 1963, durante el gobierno presidido por Juan Bosch. ¿Por qué Bonó califica la *teoría de progreso* como uno de los males de su tiempo? ¿Cómo argumenta su condena vehemente de esta categoría central de la Modernidad? ¿Muestra el autor una postura conservadora? ¿Cuáles pensadores y/o escuelas de pensamiento le sirven de sustentación teórica? ¿Podemos considerarlo el primer crítico de la ideología de progreso en el orbe latinoamericano y caribeño? ¿Conservan vigencia sus planteamientos?

1. La noción liberal de progreso en el joven Pedro Francisco Bonó

La vida de Pedro Francisco Bonó se despliega casi completamente durante el período decimonónico. Nace en Santiago de los Caballeros, República Dominicana, el 18 de octubre de 1828; y su fallecimiento ocurre el 15 de septiembre de 1906, en San Francisco de Macorís, ciudad igualmente norteña. Aparte de abogado, a Bonó se le considera *padre de la sociología* en el país². En su etapa juvenil el pensador y político abraza la corriente liberal; luego calificaría como ilusa esa fase de su vida. Era lo que correspondía para aquel entonces en Latinoamérica y el Caribe: los jóvenes con inquietudes políticas e intelectuales militaron en el liberalismo y el romanticismo; más tarde serían positivistas.

Bonó, pues, vivió una etapa de *encanto* dentro de la utopía liberal hasta 1867, año en que decide no seguir desempeñando funciones burocráticas en la administración pública, adentrándose en un largo período de silencio. Se había mantenido activo como profesional del derecho desde 1851³, como fiscal en Santiago. Y ya en 1854 asume el cargo de suplente a diputado. El pionero de la emancipación cultural dominicana asumió sin reservas el liberalismo como doctrina filosófica y política hasta los treinta y nueve años de edad. Sustentado en esta corriente, durante el intervalo 1856-1865, el pensador fungió

2. El opúsculo *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* lo acredita como tal; Bonó (1881) emprende aquí el primer estudio de la realidad social del país, examinando los diversos problemas y componentes que la caracterizan.

3. Bonó obtuvo licencia para ejercer de abogado, pero no por cursar estudios universitarios, ya que en Santo Domingo la universidad fue clausurada por los haitianos en la ocupación de 1822-1844. El joven fue evaluado por jueces calificados y se desempeñó con éxito en la jurisprudencia. Debe resaltarse que Bonó ostentó cualidades especiales como autodidacta y hombre práctico, lo cual demuestra en las múltiples facetas que tuvo a lo largo de su vida: abogado, político, literato, sociólogo, filósofo (condición que admitió personalmente y que otros le reconocieron), comerciante, fabricante y médico empírico.



como orientador teórico-ideológico de los sectores sociales cibaños⁴, auxiliado por Ulises Francisco Espaillat y Benigno Filomeno de Rojas, junto a los cuales motorizó la Revuelta Liberal de 1857, y luego, seis años más tarde, guio como intelectual orgánico la Guerra de la Restauración, gracias a la cual fueron expulsadas las tropas españolas de la República Dominicana. El gestor político se granjeó un enorme prestigio debido a las funciones cimeras desempeñadas en estos destacados acontecimientos históricos. Precisamente de estos años datan sus dos escritos juveniles principales: la novela *El Montero. Novela de costumbres*⁵ y sus *Apuntes sobre los cuatro ministerios de la República*, de 1857. En el segundo trabajo, de solo veintitrés páginas, expresa importantes ideas filosóficas, político-sociales y económicas. Ninguna de ellas rebasa, empero, el horizonte del liberalismo. En este escrito Bonó elogia el derecho de propiedad y la migración como medio para lograr la prosperidad de cualquier país.

Se interroga sobre cuáles medidas deben tomarse para lograr la grandeza nacional y «encaminar al Estado en la vía del progreso» (Bonó, 2000b, p. 30)⁶; empero el autor opta por no explicar dichas acciones, argumentando que no es legislador ni integrante del Gobierno. No obstante, en 1856, fungiendo como senador de la provincia de Santiago, había presentado una moción en el Senado donde dejaba establecidas las verdaderas bases en que «descansa el progreso del pueblo dominicano», a saber: 1) Darle al hombre tiempo para trabajar y asegurarle su trabajo, 2) Establecer escuelas primarias y escuelas profesionales, haciendo la enseñanza libre sin trabas y retribuyendo bien a los maestros; y 3) Abrir buenos caminos para hacer menos costoso el producto, más rápida la comunicación, más rápidos los cambios y garantizar más tiempo para la producción (Bonó, 2000b, p. 253).

En su exposición Bonó aclaró que representaba a la provincia que más empeño tenía *en progresar*: Santiago de los Caballeros. El autor caribeño representaba en su país a la generación de políticos y pensadores –la mayoría abogados– que en toda Latinoamérica perseguían fundar instituciones de corte republicano, y de paso, alcanzar la

4. El gentilicio cibaño deriva del vocablo *Cibao*, nombre de origen taíno con que se designa la región Norte de República Dominicana.

5. Escrita a la edad de veinte años y publicada en París en 1856, tiene el mérito de constituir la primera novela escrita por un dominicano. Es un fiel retrato de cómo vivían los monteros, reducto de un sector del campesinado cuya sobrevivencia dependía de la caza de cerdos montaraces.

6. En la primera parte del presente trabajo citaremos la recopilación de los escritos de Pedro Francisco Bonó publicada en dos volúmenes: *El Montero. Epistolario* (vol. xxxi) y *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública* (vol. xxxii), con un total de 687 páginas, publicada por Ediciones Corripio y Fundación Corripio INC. Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Santo Domingo, 2000.



emancipación intelectual en sus respectivas naciones. Denominados *próceres de la emancipación mental*, dichos intelectuales idearon fórmulas que planteaban el gran dilema del momento pos-independen-tista que se vivía en la región, y las proclamaron en cada uno de sus países. Así lo hicieron José María Luis Mora en México, con su *Progreso o Retroceso*; Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, con *Civilización o Barbarie*; Francisco Bilbao en Chile, *Liberalismo o Catolicismo*; Hostos en el Caribe hispano, *Civilización o Muerte*. Como bien ilustra Leopoldo Zea (1979): «El pensamiento de estos hombres se nutriría de la filosofía que, en su opinión, había dado origen a los pueblos que ahora encabezaban la marcha del progreso por todo el orbe» (p. 9).

Bonó, como ya hemos referido, estuvo impregnado en su juventud del ideal progresista propio de su tiempo. En su caso, hasta 1867, se está frente a un liberal sin más. Opina que lo que más desvela al pueblo es la libertad y la seguridad. Así pues, en esta etapa de su vida el *fundador del pensamiento crítico dominicano* estaba ilusionado con el progreso de la nación dominicana. Tan imbuido estaba que no dudó en sostener que, dada su ubicación geográfica y la variedad de riquezas y facilidades naturales, la República Dominicana reunía todas las condiciones para progresar y llegar a convertirse en una república influyente y dominadora.

2. Ruptura de Bonó con la noción liberal y positivista de progreso (primera etapa de la crítica)

En diciembre de 1867, tras una experiencia de seis meses como funcionario público asentado en la ciudad de Santo Domingo, Pedro Francisco Bonó presenta su renuncia debido a lo reducido de su sueldo y regresa a San Francisco de Macorís, localidad en la cual residió desde 1864, tras abandonar Santiago de los Caballeros en señal de protesta por el fusilamiento del depuesto presidente José Antonio Salcedo por parte del general Gaspar Polanco. El sociólogo permaneció en la comuna de Macorís sin salir a ninguna parte y rompió su aislamiento solo hacia 1875, cuando realiza una gira de seis meses por varias ciudades europeas. No escribió ensayos ni artículos en la prensa entre 1867 y 1875; ni siquiera envió cartas a su variada gama de amigos. Queda sumergido en profundo silencio durante ocho años, que coincidieron con los seis años del déspota Buenaventura Báez. Esta conducta de Bonó significa una cierta *autocensura* en



este período tiránico, durante el cual desempeñó las funciones de regidor, alcalde y fiscal en su pueblo adoptivo.

La gira por el Viejo Continente le sirvió a Bonó para escapar de la rutina en que discurría su vida. Lo demuestra el hecho de que tras su arribo no tarda en escribir y difundir en la prensa varios artículos englobados bajo el título «Estudios. Cuestión hacienda», de los que lamentablemente solo se conservan diez páginas (Bono, 2000d). En ellas Bonó inicia un *proceso de transición intelectual* que, al cabo de pocos años, transformarían su forma de pensar. Empero, lo más significativo en lo que atañe al tema aquí dilucidado es que, a tan solo un año de su regreso de Europa, expresara: «Yo desconfío mucho de las ideas en boga cuando son teorías sacadas por analogía de otros países» (Bonó, 2000d, p. 40). Todo lo cual lleva a pensar que, dentro del conjunto de teorías foráneas a que hace alusión este autor, la de *progreso* debe ocupar un lugar privilegiado, a juzgar por las reflexiones que en poco tiempo saldrían de su pluma. Por supuesto, ya asoma aquí una postura de cierto escepticismo en el autoproclamado filósofo dominicano.

Hacia 1876 se registra un *punto de inflexión* en la vida teórica de Bonó, en lo cual debió desempeñar un papel importante su ansiada gira por París, Bruselas, Berlín y Londres. Pero no fue únicamente este periplo por suelo europeo lo que llevó a Bonó a cambiar de paradigma teórico, pues vale recordar que con anterioridad residió varios meses en Filadelfia, cuando se exilió voluntariamente en tiempo del tirano Pedro Santana, hacia 1858. Además, está confirmado que se mantuvo siempre actualizado desde muy joven, gracias a los libros que adquiría en el exterior a través de libreros de Santiago de los Caballeros y Santo Domingo; aparte de que permanecía suscrito a revistas y semanarios nacionales e internacionales. Estamos, pues, ante un pensador constantemente preocupado por su preparación y actualización en materia intelectual.

En 1880 hay una carta reveladora enviada por el librepensador a su amigo el general Gregorio Luperón, la cual significa una línea de desmarque en lo que atañe a su conceptualización y puesta en entredicho del credo progresista. Con su epístola Bonó vuelve a romper un silencio que tardó cuatro años (1876-1880), y la divulga para denunciar los irritantes privilegios⁷ existentes, en conjunto con la

7. Con el título de «Privilegiomanía», con fecha 6 de marzo de 1880, el director del periódico *El Porvenir*, de la ciudad de Puerto Plata, divulga por segunda ocasión esta epístola de Bonó, encabezándola con un párrafo en el que destaca la clarividencia del emisor. En el breve pero interesante escrito Bonó (1980c) declara: «De algún tiempo a esta parte casi todo es de ciertos privilegiados y la privilegiomanía ha llegado a invadir hasta los municipios [...]» (p. 251). En adelante, las referencias bibliográficas en torno a Pedro Francisco Bonó las extraeremos de la obra *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Este compendio



explotación del dominicano por parte del capital extranjero dedicado a la industria azucarera. El autor se queja de la prensa, pues en su opinión «nuestros periódicos lo que hacen es elogiar, elogiar el progreso» (Bonó, 1980c, p. 251). Al rechazar dicha actitud el pensador adopta un tono de franca ironía:

Que vienen capitalistas extranjeros y establecen cuatro o seis haciendas de caña de azúcar sobre terrenos feraces casi a precio de regalía y a orillas del mar o de ríos navegables –bravo–, que introducen la maquinaria, casas, techo, carros, etc. sin pagar un céntimo –bravo, bravo–; que los amos se ven rodeados de una población que antes eran dueños del terreno y ahora son sus braceros...que aquí paren y se detengan los bravos, bravos... (Bonó, 1980c, pp. 251-252).

Con la misiva de 1880 queda introducida de una vez y para siempre *la refutación* por parte de Bonó de la vertiente progresista⁸ en suelo dominicano y caribeño; impugnación que, como pretendemos demostrar más tarde, reviste una dimensión continental. En poco más de una página el pensador lanza el primer embate de *intelectual ético-crítico* en su vehemente objeción teórica al progresismo, que culmina en el año 1900. Aquí reiteramos, también, que en el año 1881 publica *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas*, monografía singular que lo acredita como verdadero sociólogo. Sin embargo, en dicho estudio la cuestión del progreso no ocupa aún el lugar preponderante que exhibirá tres años más tarde; aunque hace ya la denuncia de que los ardientes partidarios del *progreso a todo trance* provocan que el ahorro del trabajo dominicano sea esparcido a los cuatro vientos. Como podemos observar, aunque el autor no se adentra todavía en la revisión crítica del impacto ejercido por la ideología de progreso sobre el pueblo dominicano, sí da inicio, con estos dos escritos de 1880 y 1881, al *primer momento* de su profundo examen de dicha doctrina.

de sus trabajos lo editó Emilio Rodríguez Demorizi, para ponerlo en circulación en los actos oficiales del Centenario de la Guerra de la Restauración: 16 de agosto de 1963; iniciativa tomada por el efímero gobierno encabezado por el político y escritor Juan Bosch, quien sentía mucha admiración por Bonó. La compilación de Rodríguez, que comprende 636 páginas en un solo volumen, constituye la primera recopilación de ensayos, documentos y cartas de Bonó. Aquí se excluye *El monterero. Novela de costumbres*.

8. Al final de este breve escrito dirigido al general Luperón, Bonó da muestra de humildad teórica y, a la vez, expresa su determinación de continuar defendiendo la causa de los pobres, víctimas del capital monopólico invertido en los centrales azucareros: «Como vivo en un lugar muy atrasado (explica), tengo opiniones todavía más atrasadas, pues le aseguro, General, que mientras más veo proteger la caña de Santo Domingo, más pobre veo al negro de Sabana Grande y Monte Adentro, y si sigue ello no está lejos el día en que todos los pequeños propietarios que hasta hoy son ciudadanos vendrán a ser peones o por mejor decir siervos []» (Bonó, 1980c, p. 252).



3. Opiniones de un dominicano: ajuste de cuentas con la teoría de progreso (segunda etapa o momento central de la crítica)

Opiniones de un dominicano es un ensayo dividido en ocho capítulos, que suman veintinueve páginas; originalmente fue publicado en varias entregas a través del periódico *Eco del pueblo*, de Santiago de los Caballeros, entre 1883 y 1884. Constituye, sin equívocos, el escrito por excelencia de Bonó, visto como librepensador, y donde más esfuerzo lleva a cabo en *desmontar el dogma de progreso* durante la época en que más devotos le seguían con fe ciega. Para entonces los poetas lo contaban, los políticos lo celebraban, los capitalistas lo adoraban, en tanto que los trabajadores del campo y de la ciudad lo padecían, aún sin llegar a conocer su verdadero sentido.

Tal fue la constatación hecha por Bonó mediante su ensayo, con el cual se inaugura en República Dominicana el pensar de modo crítico, que tiene en la defensa de la persona humana una de sus preocupaciones fundamentales. Habría que destacar que la quiebra registrada en el interior del pensamiento boneano, respecto de la concepción liberal y positivista de progreso, responde básicamente a las líneas de influencia que ejercieron sobre él el humanismo cristiano católico⁹ impulsado por Felicité Robert Lammenais, en especial su obra *Pasado y porvenir de los pueblos*. En la misma línea tenemos al socialismo utópico y al romanticismo. Pero debemos señalar de modo particular el peso que cobra en dicha impugnación la crítica rousseauliana de la civilización y el progreso. También debemos poner de relieve que Bonó no se dejó encorsetar por los influjos y valiosos aportes de los autores o escuelas antes señalados; fiel autodidacta, asumía con independencia de criterio las contribuciones recibidas, empleándolas de acuerdo con las urgencias de su entorno sociocultural y conforme al momento en que vivía. Eran diversos y muy complejos los problemas que atenaceaban al país y al mundo durante aquella etapa finisecular, y Bonó no escatimó esfuerzo alguno en poner al servicio de su pueblo el talento especial que poseía. En el caso que nos ocupa, lo empleó en problematizar y arrojar luz acerca de la teoría de progreso que, como llevamos dicho, era considerado por él como uno de los males que afectaban al país y a todo el orbe.

9. Pedro Francisco Bonó no ocultó su adhesión a la Iglesia católica, aunque le inquirió sobre algunas reformas, ni su admiración por la figura de Jesucristo. Vio en el catolicismo y el cristianismo un soporte importante para la vida moral y espiritual, que vio amenazadas por el culto ciego a la ciencia y la técnica que profesó el positivismo en las postrimerías del siglo XIX. Por eso, en el ocaso de su vida, Bonó se convierte en un asiduo practicante de la caridad cristiana y en un fiel colaborador de la Iglesia católica en su comunidad.



José Martí, que estudió filosofía en España y la enseñó en Guatemala, fue también otro caribeño interesado en dilucidar la temática del progreso, si bien con menos insistencia que Bonó. Crítico del positivismo –sin dejar de reconocer algunos de sus aportes–, el poeta, pensador y padre de la independencia cubana no endosó la concepción lineal y salvífica sobre el progreso de dicha perspectiva filosófica; más bien muestra interés en desmitificar lo que estaba consagrado ya como credo firme en el período decimonónico, por lo que advierte:

No es que la fuerza de progreso esté en la tierra escondida; no es que la recibamos por una ley fija, lógica y fatal. Es fatal el progreso, pero está en nosotros mismos; nosotros somos nuestro criterio; nosotros somos nuestras leyes, todo depende de nosotros: el hombre es la lógica y la Providencia de la humanidad [...]. Hay un Dios: el hombre... (Martí, 1975, p. 226).

Como Martí, Bonó residió también en Estados Unidos. Son contemporáneos y tuvieron la agudeza de advertir cómo Europa y Estados Unidos sacrificaban a sus pueblos respectivos, imponiéndoles sus patrones político-económico-culturales de raigambre neocolonial. Captaron de modo excepcional la vocación imperial de los vecinos del Norte. Uno y otro querían el progreso para sus respectivos países, pero no al modo en que lo concebían y decretaban las grandes potencias mundiales, apoyadas por las élites criollas: enriquecimiento y poderío para ellas; empobrecimiento y *estatus neocolonial* para el resto del mundo. Es la razón por la que asumieron, como intelectuales comprometidos, los intereses de las clases trabajadoras y de las masas pobres de Cuba y República Dominicana.

Por tal motivo, no ha de sorprendernos que Martí discrepara también del paradigma de progreso, tan celebrado en su época, efectuando:

Un análisis crítico acerca de una idea de progreso ceñida por el afanoso anhelo de riqueza y poder. Como surge de sus escritos, la idea de progreso representaba un lugar común, y al mismo tiempo problemático, dentro de los universos discursivos decimonónicos (Giorgis & Arpini, 2000, p. 311).

En lo que respecta a Bonó, visualizó la temática del progreso como una *aporía* o cuestión problemática que requería un tratamiento reflexivo especial, por lo que adopta una actitud de sospecha que se extendió por alrededor de veinte años. Tal postura nos permite



considerarlo como un filósofo¹⁰, que asume en cierto modo el método de la duda metódica, pues declara que no tiene la evidencia de eso que dan en llamar progreso, lo cual, empero, resultaba tan obvio para otros analistas:

Yo no veo el progreso que se decanta y tanto se vocea, ni menos *las razones que se dan para probarlo*¹¹. Tal vez me equivoque, pero puesto que pido a los demás que digan lo que piensan y opinan, voy a ensayar la libertad de mis opiniones diciendo lo que opino sobre nuestro tan decantado progreso ¿Cuál es este progreso? ¿Dónde está? (Bonó, 1980d, p. 277).

En líneas subsiguientes el autor declara una indeclinable asunción del pensamiento crítico, rindiéndole fiel tributo a la disidencia. Asegura que no es portador de la verdad absoluta y que puede muy bien equivocarse. Y en cuanto a sus opiniones, exhorta a que sus lectores «las confirmen, las discutan, propongan otras mejores, iguales, peores, distintas. [...] llamo a discusiones que mi poca salud no me permitirá sostener» (Bonó, 1980d, p. 294).

A partir de este momento Bonó está decidido a tomarle la palabra a los defensores a ultranza del progreso, refutando cada uno de los argumentos esgrimidos en torno al supuesto progreso que acusaba el país. Los apologetas de dicha prosperidad se apoyaban en los adelantos registrados en la organización del trabajo (temática socioeconómica); en los avances experimentados por el sector educativo en los últimos años (aspecto pedagógico) y, por último, en el mejoramiento de las buenas costumbres (temática ético-moral). El pensador descarta y rebate estas argumentaciones favorables al progreso.

10. La crítica efectuada por Pedro Francisco Bonó al sistema de costumbres, creencias, tradiciones e ideas prevalecientes en la sociedad dominicana lo acredita como filósofo social y de la cultura, toda vez que sus análisis y cuestionamientos abarcaron todas las manifestaciones y aspectos de la vida sociocultural del incipiente Estado nación dominicano que ayudó a establecer. Por tal motivo, el autor del presente trabajo lo considera precursor del proceso emancipador de la cultura dominicana. Cf. Tesis doctoral: Minaya, J. (2011). *Pedro Francisco Bonó y su aporte a la emancipación cultural dominicana. Ideas éticas y político-sociales*. Aquí se ventila, aparte de lo antes referido, el contexto histórico en que Bonó desarrolla su producción teórica, sus planteamientos en favor de la igualdad social y en contra de los privilegios, las injusticias sociales y la corrupción de los funcionarios públicos, etc. Por todo esto, se llegó a la conclusión de que Bonó no estaba equivocado al afirmar: «Tengo claro juicio, no lo niego, pero es en la forma filosófica y para mí será gran sacrificio abandonar mi casa» (Bonó, 1980a, p. 480).

11. Las cursivas son nuestras.



4. Refutaciones de Bonó a los apologetas del *progreso* dominicano

El intelectual ético-crítico despliega en dieciséis páginas la impugnación a los defensores de la creencia progresista en el seno de la sociedad dominicana. A tal objetivo destina la mayor parte de *Opiniones de un dominicano*. Cuestiona inicialmente si el pretendido progreso se puede demostrar tomando como argumento los adelantos que ha experimentado la *organización del trabajo* criollo. Piensa que no. En primer lugar destaca cómo el hombre del campo está abandonado a su suerte: sin caminos para transportar su producción, sin crédito regulado, sin facilidad para efectuar exposiciones regionales y sin escuelas para aprender los métodos científicos. En segundo término deplora el hecho de que muchos agricultores abandonan sus tierras y acuden a labores temporales de ferrocarriles, de fincas lejanas. Realiza una comparación entre las clases trabajadoras europeas y las criollas, y advierte que aquí el proletariado se llama *peón o alquilado*, el cual tras abandonar los trabajos agrícolas se empobrece aún más, degradándose socialmente. Este panorama de calamidades lo cierra con lo que sucede en la parte oriental de República Dominicana: «Al antiguo labriego del Este sólo le queda su persona y esta es inviolable hoy. ¿Dónde encontrará el remedio?» (Bonó, 1980d, p. 281).

Cabe señalar que Bonó elogia la actitud del pedagogo y filósofo puertorriqueño Eugenio María de Hostos, quien realizaba labores magisteriales en el país a la sazón, porque elevaba su voz de protesta de cara a la explotación de que eran objeto los sectores laborales en el ámbito de la industria azucarera.

Debemos consignar que Bonó recibió reiterados ataques a través de la prensa, los cuales rebatió de modo firme, viéndose precisado a declarar que *no era enemigo* del sistema capitalista, pero que sí se oponía a la *explotación* y las *injusticias sociales* que el capitalismo acarrea en su despliegue por el país, ya que oprimía y cosificaba al ser humano (Bonó, 1980d, p. 282). Nuestro sociólogo se presenta primero como humanista consumado, luego como autor liberal, en el sentido de apoyar la alianza capital-trabajo y abogar por la igualdad y la libertad de los servicios, además de propugnar por el establecimiento de relaciones entre capitalistas y proletarios fundadas en el interés y conveniencias de unos y de otros. Sin embargo, se erige en crítico del liberalismo económico, y se hace eco de una importante sospecha al emitir la siguiente advertencia:



Cuando el capital entra por la brecha del monopolio y está en posesión de los derechos de todos, no le es dable ilustrarse hasta el punto de entrar de repente en la concurrencia libre de los servicios mutuos. Este es un esfuerzo que pide una abnegación que no tiene este capital (Bonó, 1980d, p. 283).

Para el padre de la sociología dominicana, el afán de lucro es algo *consustancial* al capitalismo, lo cual representa una limitación y un desafío, ya que del mismo se derivan desigualdades y opresión que le impiden a la mayor parte de las personas vivir de acuerdo con su dignidad de personas humanas. En segundo lugar, Bonó asume el problema de la *instrucción pública*, cuestionando si los adelantos educativos registrados en el país a inicios de los años ochenta del siglo XIX, pueden presentarse como prueba sólida de progreso. No confía en ello, pues al sistema de instrucción pública le enrostra la inequidad que lo caracteriza: es oligárquica. Y no deja de reconocer que la Escuela Normal, introducida en el país por Eugenio María de Hostos, haya realizado loables esfuerzos por suministrarle un nuevo método con el fin de organizarla y mejorarla; no obstante observa que ha tenido la oposición de la escuela tradicional o católica con sus métodos absolutistas. Y pone de relieve cómo ambos sistemas de instrucción luchan entre sí, generando la *anarquía* dentro del área, por lo que concluye «que la instrucción pública hasta ahora no ha producido verdaderos trabajadores, sólo pretendientes cada día más numerosos a los empleos públicos» (Bonó, 1980d, p. 291).

En tercer lugar, rechaza que se registre progreso en el *área de las buenas costumbres*, esto es, en el *orden ético-moral*. Comienza enjuiciando severamente los juegos de gallos y su impacto negativo en la economía y el *ethos* de los dominicanos. Señala que gran parte de los ingresos se malgastan en las apuestas de las galleras, donde surgen pleitos y conflictos que se resuelven de inmediato, sin la intervención de nadie. Las galleras son para el sociólogo «las escuelas públicas del juego y de la vagancia, puestas al alcance de todas las clases» (Bonó, 1980d, p. 293).

5. Bases éticas de la impugnación del liberalismo económico hecha por Bonó

El autor llama la atención sobre un grave error en el país: creer que con el simple crecimiento económico, aun *atropellando la justicia y la moral*, se puede garantizar la felicidad de la población. Opina que



las cifras o el conjunto de los datos estadísticos representan riquezas que casi siempre se quedan en las *manos de unos pocos*; esto, por consiguiente, no puede reemplazar por completo las buenas costumbres, la caridad, el trabajo libre y los hábitos de la economía. Por lo que es justo reconocer que, al poner en entredicho el crecimiento económico como indicador *sine qua non* de progreso –tal como pretende hacer creer el liberalismo económico–, Bonó se anticipa a los impugnadores del *homo economicus*. Para el pensador sociocultural, el único progreso al que debería aspirarse es al *progreso social inclusivo*. En consecuencia, la perspectiva de progreso enarbolada por Bonó resulta sumamente rara en el siglo XIX, al extremo de que enlaza con «los ideales de la Unesco de cara al siglo XXI, donde el ideal de progreso debe incluir todos los elementos consustanciales a la condición humana» (Morla, 2011, p. 135).

Petronila Dotel (2005-2006) destaca la originalidad de la visión de progreso que ofrece el fundador del pensamiento crítico dominicano, cuya característica fundamental es:

Introducir al pueblo como sujeto activo, participante, beneficiario por excelencia y actor decisivo de toda idea de progreso. Bonó no concibe el perfeccionamiento social y político sin la participación de los pobres, y mucho menos sin que éstos reciban de forma directa y legítima los beneficios del mismo (pp. 103-104).

Como podemos apreciar, Bonó le opuso al liberalismo económico los muros de la justicia social y de la vida feliz. «De aquí que se pueda concluir que, en lo concerniente al enjuiciamiento de la noción liberal y positivista de progreso, en Bonó alienta un *pathos* ético» (Minaya, 2014, p. 315).

Es sabido que en Occidente, desde Sócrates y Aristóteles, la felicidad es el principal cometido de la vida humana, la suprema aspiración de toda persona. Para este autor resulta claro que la felicidad radica en la práctica de las virtudes, las cuales dice por su nombre: prudencia, fortaleza, templanza y justicia. En esto coincide con las clásicas virtudes de los filósofos griegos. Tal ética de la virtud Bonó la corona con el sentimiento de la caridad cristiana, la cual según opina, bien cultivada da resultados óptimos en la relación entre los seres humanos; en cambio, si se practica mal, genera frutos mediocres.

Debemos consignar, desde otro ángulo, que la vida de Pedro Francisco Bonó constituyó una puesta en práctica constante del sentimiento de filantropía; no otra cosa lo llevó a convertirse en médico



empírico, profesión que practicaba porque su localidad carecía de médicos profesionales y muchas personas fallecían de enfermedades curables. Pero no solamente le preocupaba la salud, también procuraba recursos para proveerles alimentación y vestido. Con tal propósito estableció en San Francisco de Macorís un alambique pequeño, para el cual solicitó exención de impuestos¹².

El pensador ético-crítico concibió un postulado de enorme riqueza ética, vinculado a la vida feliz por la que propugnaba, de cara al conglomerado dominicano: «Mientras se reparta el dinero de todos sin justicia, habrá descontentos» (Bonó, 1980d, p. 301). Debemos aclarar, sin embargo, que tales inconformidades son resueltas según el pensar de Bonó en el marco del orden liberal republicano, nunca mediante procesos que implicaran el empleo de métodos violentos que trastocaran el *estatus quo*. En efecto, no hace referencia alguna al socialismo ni a los escritos marxistas, aunque emplea conceptos y expresiones de sorprendente coincidencia con los mismos. Una categoría importante empleada por Bonó para abordar los males presentes en su lar nativo es *justicia social*. Se trata, evidentemente, de una de las grandes materias pendientes en nuestro entorno sociocultural, problemática que conecta con otra frecuentemente denunciada por el pensador: la corrupción. Este flagelo, que ya en su tiempo corroía el tejido social dominicano, fue uno de los problemas que más lastimaron su talante moral y espiritual. Aquí, una vez más, vemos a Bonó dando cátedra de humanismo, además de ampliar sus labores pioneras como pensador creativo, pues ningún autor anterior a él se detuvo a contemplar y condenar dicho mal.

Hoy, como a finales del siglo XIX, una gran porción de los fondos públicos se los reparten grupos que Bonó tildó en su tiempo de «paya-sos», «zánganos», «parásitos», «la hez de la sociedad». Tales sectores practicaban lo que antes ya se designó con el término «privilegiomanía». Enganchados a políticos, y en total complicidad con entidades privadas, estas personas ensanchan ilimitada e inescrupulosamente los bienes materiales. En tiempos recientes se han visto surgir temibles redes de mafias internacionales que abarcan a todo el continente, uniéndose en abierta complicidad y latrocinio a empresarios, ministros, senadores, jueces, diputados, etc. Un caso paradigmático lo constituye el protagonizado por la transnacional Odebrecht¹³. Para Bonó, la

12. Bonó también se dedicó a la destilería de ron; instaló dos alambiques, el más grande proveía dicha mercancía al comercio doméstico y cumplía con las obligaciones fiscales.

13. Precisamente, en los días que discurren se desarrolla en la República Dominicana el más extenso movimiento de lucha social pacífica registrado en su historia, cuyo fin primordial es



agobiante corrupción que contemplaba en su país iba en detrimento del patriotismo y de la vida moral y social; así lo indica en *Opiniones de un dominicano*:

No hay cosa que desespera más al que trabaja, que desaliente más al patriotismo, que engendre iras más violentas y profundas que la distribución de los fondos públicos y sobre todo cuando los que los recogen y se los reparten, quieren hacer creer a los que con su trabajo los producen, que esa distribución es la cosa mejor posible... dígase también que la causa primigenia, única, sola, de todos nuestros males es esta corrupción (Bonó, 1980d, p. 301).

Con las palabras anteriores Bonó deja sin argumentos válidos a los que apreciaban que dentro de las costumbres dominicanas, esto es, en el ámbito moral, se vivía una fase de notable progreso. Aparte de la corrupción, el pensador señala que la irrupción del capitalismo monopólico en el seno de la formación social dominicana engendraba muchas riquezas materiales, pero, como paradoja, también mucha pobreza espiritual. Y esto no lo advierte únicamente Bonó hacia la época; también Eugenio María de Hostos se percató de ello, aunque fuera un vehemente defensor de la utopía de progreso con su consigna «Civilización o Muerte». Así describe Hostos (1939) la situación de penurias por la que atravesaba Santo Domingo: «Todos hemos estado muriéndonos de hambre, literalmente muriéndonos de hambre de aquellos frutos espontáneos de las tierras tropicales, que a cada paso se han ido haciendo más raros y por lo mismo más costosos» (p. 163).

Los contrastes que exhibía la sociedad dominicana herían la fina sensibilidad social de Bonó; así que no solo impugnó sin exclusividad el crecimiento económico que solo favorecía a la élite nacional y al capital criollo, sino que puso en entredicho la legitimidad de las leyes dominicanas. De ahí que advirtiera: «La ley que exonera al rico que tiene buena casa del tributo de patentes y lo impone al pobre que sólo puede tenerla de yagua es mala» (Bonó, 1980a, p. 501).

Un año luego de dar a conocer *Opiniones de un dominicano*, Bonó lanza a la palestra pública un documento de cinco páginas: «A mis conciudadanos», el escrito que más satisfacción le proporcionó, según indicara. Se trata de una misiva enviada días antes a su amigo el general Gregorio Luperón, en que reitera su rechazo a la oferta para

colocar un muro de contención a la impunidad y la corrupción, que han llegado a su clímax con los sobornos y sobrevaluaciones promovidos y ejecutados por la empresa brasileña, con apoyo de funcionarios públicos actualmente encausados.



que se presentara como candidato presidencial por el Partido Azul, de corte liberal, hacia 1884. En el escrito de marras vuelve a refutar la visión de progreso, reiterando el impacto negativo que ejerce sobre la agricultura del Cibao o Norte y la región Este del país:

He hecho ver la transformación del Este; la traslación a título casi gratuito de su propiedad a manos de nuevos ocupantes encubiertos bajo el *disfraz del progreso*¹⁴. Progreso sería, puesto que se trata del progreso de los dominicanos, si los viejos labriegos de la común de Santo Domingo que a costa de su sangre rescataron y siguen bañando con su sudor, fueran en parte los amos de fincas y centrales: si ya ilustrados y ricos como hacendados [...], mandarían directamente sus productos a New York. Pero en lugar de eso, antes aunque pobres y rudos eran propietarios ¿Qué progreso acusa eso? Mejor entraña una injusticia hoy y un desastre mañana (Bonó, 1980e, p. 327).

La fuerte resistencia mostrada por el autor ante el paso del *huracán del progreso* por su país lo retrata como un humanista consumado. En la histórica epístola de 1884 a su amigo Gregorio Luperón¹⁵, reitera que no tiene vocación para ser presidente del país, que solo aspira a ser un ciudadano dominicano, desde cuya posición le es viable sugerir o indicar ideas y soluciones tendentes a resolver los males que aquejan a la sociedad y lograr que los que gobiernan abran los ojos (Bonó, 1980e, p. 328). Los gobiernos, empero, no hacían caso de las indicaciones del librepensador dominicano, y la realidad social dominicana se enrarecía cada vez más.

De todos los problemas, el que más le agobiaba era la corruptela, que a su entender no dañaba ya solo a las élites, sino que afectaba también al pueblo llano. De ahí que retome la cuestión en 1885, en otro ensayo que titula: «La República Dominicana y la República Haitiana». Califica a la corrupción como «nuestro pan cotidiano», conectándolo con la vida política, pues considera que de no resolverse bien podría terminar por provocar «la desorganización del patriotismo». En oro se debieran esculpir las palabras con las cuales Bonó describe el cuadro tétrico que contemplaba y le atormentaba, a tal extremo que parecen estar describiendo lo que se padece en la actualidad:

14. Las cursivas son nuestras.

15. Bonó escribió más de diez cartas al general Gregorio Luperón, militar y político liberal dominicano que fue, también, amigo de Eugenio María de Hostos, con quien se alió el pedagogo y filósofo borinqueño para desarrollar la Escuela Normal en Santo Domingo. Muchas de esas epístolas dirigidas a Luperón le servían como medio de desahogo al pensador. Hostos y Bonó también intercambiaron misivas, en las cuales se dirigen elogios recíprocos, pero no llegaron a conocerse de manera directa o personal.



La corrupción: he aquí nuestro gran mal, mal que nos circunda, nos penetra y nos tiene bien cerca de la muerte, mal que causará la desaparición de nuestra nacionalidad si no procuramos contenerla pronto y radicalmente, puesto que la crudeza actual no debe tener hondas raíces, porque no data de lejos. Ella es reciente y reprehensible (Bonó, 1980f, p. 341).

6. Nuevo período de silencio y postura escéptica

Tras su escrito de 1885 se torna aún más profunda la atmósfera de escepticismo y decepción que afectaban a Bonó, estado anímico que se prolonga por diez años. En ese intervalo solo mantuvo comunicación con algunas de sus amistades predilectas. El país estrenaría, a partir de 1887, la feroz tiranía de Ulises Heureaux, que perduraría hasta final de siglo. Bonó le había advertido a Luperón que su protegido (Heureaux) no era la persona más recomendable para ser electa presidente en su primera gestión del año 1887, durante la cual mostró una conducta liberal. Sin embargo, el intelectual predijo su dictadura en un período en que el país abría las puertas de par en par al capital foráneo. Esto trajo como resultado la construcción de ciertas obras: carreteras, puentes, ferrocarril, ingenios azucareros impulsados por máquinas de vapor y la instalación de servicios modernos (telégrafo y alumbrado eléctrico), todos ellos avances de la Modernidad que podían ser visualizados como indicios contundentes del progreso dominicano. En efecto, por doquier se entonaban himnos al credo progresista; las señales o pruebas estaban a ojos vistas, pero Bonó parecía ser el único incapaz de verlas.

6.1. Triple función crítica finisecular: objeciones al progreso, la ciencia y la técnica (tercera etapa)

La última etapa refutadora de Bonó en torno a la teoría del progreso abarca de 1895 a 1900. El autodenominado filósofo ha cumplido 71 años de edad. Dos son los escritos básicos en esta fase postrera de su intelección en torno a la teoría de progreso: «Congreso extraparlamentario» y «Petición de un alambiquero». En este lapso la tiranía de trece años encabezada por Ulises Heureaux atraviesa por una fase agónica, tras complicarse debido a una severa crisis económica, política y social, que barrió con el régimen tras ser ajusticiado el dictador en 1899.

Bonó, que se había sumergido en total silencio, en julio de 1895, sorprende a la opinión pública con la edición de una revista gratuita



titulada *Congreso Extraparlamentario. Diario de los debates*, que apenas alcanzó cinco números. Tal iniciativa la asume personalmente, colocando como dirección de la misma su residencia en San Francisco de Macorís: Calle de Colón N.º 40. En dicho órgano de divulgación Bonó imagina un *Congreso alternativo* en que los diputados son verdaderos representantes del pueblo, no como los que sirven al tirano como verdaderos títeres. Reanuda la crítica de la corrupción a través de las discusiones de los parlamentarios. Estos representantes eran denominados por las primeras letras del abecedario, y Bonó expresa sus ideas a través del diputado B. Por supuesto, como bien afirma un historiador dominicano:

Las deliberaciones del Congreso imaginario eran una crítica fina y sutil de la mala administración y de la corrupción implantada en aquellos días, crítica capaz de haber llevado a otro que no hubiera sido Bonó, a la Torre del Homenaje¹⁶, pues en esos tiempos la expresión del pensamiento era castigada como en tiempos de la Inquisición (Gómez, 1922, p. 207).

En su revista, el padre de la sociología dominicana retoma planteamientos de lustros anteriores: el tabaco (que Bonó tildó de «demócrata») como renglón productivo predilecto, la precaria instrucción pública (que Bonó calificó de «oligarca»), la corrupción administrativa, que considera el mal principal de la nación. En contraste con el congreso oficialista, el imaginado por Bonó sesiona a la intemperie, de modo hartamente sencillo y en un entorno completamente natural, ya que se ubicaba en medio de una extensa sabana, rodeado de bosques espesos. Aquí, aparte de diputados, se dan cita también diversos sectores de la sociedad, incluidas las mujeres, todos interesados en escuchar a sus auténticos voceros. El diputado B contempla el panorama nacional y cavila:

Todo marcha en un círculo de destrucción y calamidad. El labrador destruye el ganado, el ganado destruye las siembras, y nosotros miserables y hambrientos, pero muy ufanos, *entonamos el himno del progreso sobre los escombros de nuestro haber*¹⁷ (Bonó, 1980g, p. 366).

16. Temible prisión de origen colonial, en Santo Domingo, donde eran llevados los desafectos del régimen dictatorial de Ulises Heureaux. Igual uso dieron a la misma con anterioridad el tirano Pedro Santana y después el sátrapa Trujillo. La Fortaleza y Torre del Homenaje fue construida en 1503 y constituye uno de los más importantes atractivos de la Zona Colonial de la ciudad, declarada por la Unesco Patrimonio de la Humanidad en 1990.

17. Las cursivas son nuestras.



7. De la crítica del progresismo y del credo técnico-cientificista a la denuncia ecológica

Los efectos de la teoría del progreso en la formación social dominicana le permitieron a Bonó advertir sus consecuencias funestas para la madre naturaleza. En efecto, hacia 1895 hace la siguiente constatación: «No quedó entonces arbolado que no vino abajo, ni Cejas, ni Matas, ni orillas de arroyos» (Bonó, 1980g, p. 365). Para el autor, el habitante del Cibao, estimulado por la religión del progreso, gasta todo su tiempo, todas sus fuerzas, todos sus ahorros «en derribar montes, en destruir riquezas naturales, en inhabilitar tierras de labor» (Bonó, 1980g, p. 366). Luego advierte con dejos de impotencia:

Pero lo peor de todo, lo que corona de agudas espinas la malhadada obra, es que todas estas combinaciones destructivas adornadas con el ropaje de progreso, y por tanto *aclamadas y perseguidas como excelentes*¹⁸, han convertido a los viveros trashumantes de la sabana en una formidable legión, reforzada por los cerdos [...], haciendo en las siembras destrucciones incalculables que ponen fuera de sí al labrador (Bonó, 1980g, p. 366).

El intelectual deviene cada vez más consciente de los efectos nocivos que sobre los recursos naturales trae aparejada la Modernidad, la cual, acicateada por la utopía de progreso, pretende dominar y controlar todas las riquezas del planeta. Esto le lleva a interrogarse:

¿Podremos ofrecer a los que quieran unirse a nosotros, una tierra *devorada por el monopolio, esterilizada por la explotación directa y violenta*¹⁹ del hombre por el hombre? ¿Podremos mantenernos como pueblo libre, si la libertad no nos da los frutos que a todos los pueblos libres da? (Bonó, 1980g, p. 395).

Como podemos observar, el rechazo del modelo progresista se vincula aquí con una *crítica de corte ético-ecológico*. Para Bonó la ciencia y el progreso marchan juntos en la época moderna, pues tal como postulaba Francis Bacon en los albores de la modernidad: «Conocer es dominar». La ciencia coadyuvará a que el ser humano controle y descifre los secretos de la naturaleza, explotando todos sus recursos. Bonó sostiene que en el ocaso del siglo XIX, el mundo entero no presenta

18. Las cursivas son nuestras.

19. Las cursivas han sido añadidas.



más que espectáculos desconsoladores. Observa cómo Europa, que en su concepto era la porción de humanidad más culta, deviene presa de odios internacionales, cómo delira con armamentos indefinidos, preparándose con los más poderosos instrumentos de muerte. «Es por eso que en todas partes, trátese de metrópolis o de colonias, todo el mundo vive gimiendo y llorando» (Bonó, 1980g, pp. 374- 375).

A gran distancia geográfica de Bonó, en términos similares se pronunciaba en Rusia F. Dostoievski (2003): «Les ruego señores que escuchan alguna vez los gemidos que emite el hombre formado del siglo XIX [...], gimiendo por el desarrollo y la civilización europeos» (p. 80).

¿Cuál es la causa de esta crisis mundial, según Bonó? Los adelantos de la ciencia y la técnica, estimulados con la filosofía de progreso, convencieron a varias generaciones de que todos los males de este mundo llegarían a su fin gracias a sus avances continuos e infinitos. «Especialmente en Europa quieren y esperan que la ciencia pura resuelva todos los problemas de la vida [...]; el tiempo se lo dirá a las generaciones venideras» (Bonó, 1980g, p. 391). El librepensador no abrigaba duda alguna de que el espíritu cientificista asumido por la racionalidad occidental estaba creando serios malestares en el seno de la vida social y espiritual.

De modo especial el positivismo revistió la labor científica de vocación redentora, cifrando esperanzas en que su accionar propiciaría la felicidad del género humano. Pero a Bonó le *asalta la sospecha*: «En esta época, este fin de siglo tan decantado de ciencia y de progreso tan acabado, ni la ciencia ni el progreso han cumplido sus promesas» (Bonó, 1980g, p. 374). Tal postura asumida por Bonó era compartida también en cierto modo por otros pensadores de la época, como Nietzsche (2000), para quien «La ciencia tiene que demostrar ahora su utilidad. Se ha convertido en una nodriza y está al servicio del egoísmo: el Estado y la sociedad la han tomado a su servicio con el fin de explotarla para sus fines» (p. 34).

8. «Petición de un alambiquero»: culminación de la crítica de Bonó a la noción de progreso

Con este escrito de tres páginas, carta-solicitud redactada y enviada por Bonó al Congreso dominicano en 1900, *llega a su culmen* la puesta en entredicho del dogma de progreso emitida por él. Este último documento público del intelectual lo inicia dejando establecido que la teoría del progreso la han esparcido por todo el orbe las grandes



potencias llenas de población, capital, ciencia y demás instrumentos que se aplican con energía a la explotación de hombres y de cosas. Está persuadido de que esto constituye un mal que aflige al mundo entero, en el contexto de un «colonialismo reciente». Estamos ante uno de los grandes hallazgos de Bonó: detectar el neocolonialismo propiciado por el capital monopólico en el segundo tramo del período decimonónico. Esto se lo han reconocido investigadores de renombre: Juan Isidro Jimenes Grullón (1974), Miguel Pimentel (2007), Raymundo González (1994), Roberto Cassá (2003). El anterior colonialismo lo habían implantado en suelo latinoamericano y caribeño España y Portugal. Como señala atinadamente Leopoldo Zea (1976): «La civilización de que había hablado Sarmiento se reducía a la incorporación de estos pueblos al neocolonialismo. Se rompía con el viejo colonialismo español, pero para encadenarse al que representó en su primera etapa Inglaterra y después Estados Unidos» (p. 493).

Bonó, pues, estuvo en sintonía con lo que venía sucediendo a nivel de todo el globo y de su *leitmotiv*. Y lo que ocurría en todo el globo no eran más que «los efectos de esta teoría [del progreso], aplicada en los pequeños e inocentes pueblos» (Bonó, 1980h, p. 414). Y a renglón seguido hace la siguiente constatación, desde el rincón del Caribe en que espigaba sus reflexiones:

Un fantasma envuelto en palabras sonoras y al parecer justas, tales como: el progreso se impone, el mundo marcha, el combate por la vida; con otras mil más pomposas y más huecas pronunciadas por los interesados, cubre con sus *espantosos ruidos los lamentos de los infelices aplastados*²⁰ (Bonó, 1980h, p. 414).

Demagogia, engaño, embaucamiento, dominación, colonización de nuevo cuño, todo esto lleva consigo la teoría del progreso. De ahí que tantas personas sucumban a su arrobamiento. Por supuesto, dicha concepción favorece una jerarquización entre pueblos y culturas: se hace ver que unos están adelantados y que otros están retrasados. Estos últimos se ven constreñidos a transitar las etapas recorridas por los pueblos que acusan mayores niveles de progreso. Unos y otros adquieren conciencia de una jerarquía que provoca resultados fatales para los pueblos llamados retrasados, ya que serán tratados como *inferiores* en todos los aspectos, quedando justificada la condición colonial impuesta a sus habitantes. Carlos Octavio Bunge (1976) sintetiza

20. Las cursivas son nuestras.



lo anterior en la fórmula biológica del progreso: «“Progresar” es aristocratizarse”, es decir, perfeccionarse respecto de otros hombres y otros pueblos, para cimentar en una superioridad real el principio de mando, de poder y de desigualdad» (p. 337).

En nuestra historia, desde los tiempos de la Conquista y la colonización ibérica, a los nativos se les etiquetó de bárbaros y no hubo escrúpulos en su exterminio por representar una raza inferior. Civilizados (y por tal motivo superiores) eran los españoles y los portugueses. Luego de la Independencia fuimos países atrasados. Los europeos y los estadounidenses eran los dignos representantes del progreso y teníamos que *imitarlos en todo*, si queríamos subir al tren del progreso. Y luego de la Segunda Guerra Mundial, desde los Estados Unidos se nos estigmatizó económica y culturalmente de «países subdesarrollados», frente a las «naciones desarrolladas»: Estados Unidos y las potencias europeas.

Hemos sido, pues, siempre y en cada época, estigmatizados como ciudadanos de segunda clase. En tal sentido, no ha de sorprendernos que el otorgamiento de la ciudadanía estadounidense o europea sea causa de eventos festivos entre muchos latinoamericanos. Así las cosas, la meta eterna para nosotros no será otra que *intentar alcanzarlos para ser como ellos*; olvidándonos, por supuesto, de lo que fuimos y de lo que somos; en tanto que lo que seremos en un futuro, también sería una réplica o, mejor dicho, caricatura de unos patrones que forzosamente habrían de ser imitados; entre tanto, seremos pueblos infantiles. La historia latinoamericana y caribeña está signada por la resistencia a muchos proyectos que apuestan a nuestra *alienación* como pueblos. Todo lo anterior tiene implicada, pues, una lógica perfecta de colonización y subordinación, llevada a cabo en nombre de la razón. En este contexto, cobran significado especial las reflexiones de Antonio Campillo (1985), cuando establece, buscando una explicación cultural y filosófica a la postura anterior:

Una vez que la tesis del sujeto es modulada o matizada por la idea de progreso, la universalidad moral y física que dicha tesis postula se convierte en la meta común, en el objetivo único de todas las culturas y de todas las épocas de la historia, en el modelo o patrón que sirve para medirlas y compararlas a unas con otras [...]. El progreso es, por supuesto, un programa de la razón y de la libertad. Sin embargo, al establecer una jerarquía entre los pueblos, la idea de progreso permite legitimar la dominación y la colonización de unos sobre otros. Una dominación ejercida en nombre de la libertad. Una colonización ejercida en nombre de la razón. Los



dominadores lo son porque se encuentran unas generaciones, unos siglos o incluso unos milenios más adelante que los dominados. Y la dominación no tiene como objetivo declarado esclavizar sino liberar, es decir, hacer avanzar a los pueblos más atrasados, hacerlos progresar, hacerlos crecer y madurar (p. 19).

Hans Jonas (1995), filósofo alemán de origen judío, que se alistó como soldado para combatir el nazismo luego de constatar la muerte de su madre y otros parientes en campos de concentración nazis, señala algunos efectos de la utopía en el ser humano. Plantea que ha llegado el momento de preguntar qué tiene realmente de valioso el sueño de la utopía, es decir, qué se perdería si lo abandonáramos, o qué ganaríamos si lo abrazáramos. Lo argumenta del modo siguiente:

El valor psicológico de la utopía –su capacidad de entusiasmar moviéndolas a la acción y disponiéndolas a soportar toda suerte de calamidades– es indiscutible. Como fuerza histórica, el «mito» –independientemente de su verdad o falsedad– ha sido a menudo imprescindible, para bien o para mal. La utopía, que ha obrado milagros, es uno de esos mitos (p. 265).

Bonó, por su parte, constató en su época los increíbles embrujos que ejercía la fe progresista como fuerza utópica engañosa. De ahí que considere ridículas determinadas actitudes de sus contemporáneos. Así lo expone:

Como complemento de esta teoría mal estudiada y peor comprendida y para probar al mundo que estamos progresando (el mundo a mi ver se reirá de los apuros en que tan infundada pretensión nos pone) se ha procurado aumentar las rentas de los ayuntamientos, en cifras increíbles, para adornar los pequeños centros urbanos que poseemos con todas las galas de las ciudades ricas y florecientes [...] (Bonó, 1980, p. 414).

El fantasma avistado por Bonó desempeñaba un rol básico, al servir de *pathos* esperanzador a gobernantes y gobernados, a tal punto que encandilaba las mentes convirtiendo a las personas en devotas ciegas de esta religión secular engendrada por la Modernidad, con lo que se preparaba al espíritu humano para llevar a cabo los más insospechados sacrificios por conquistar el reino celestial progresista. «El mundo se reirá» pronostica Bonó en forma sarcástica. El intelectual crítico parecía extrañarse de tanta ingenuidad, de cómo la gente venía embobada con los efluvios de un mito tan poderoso que, para



Bonó, tiene la virtud de sumir en alucinaciones y llevar a la persona a un estado de extrema enajenación o, como bien decía el pensador: capaz de subir a cualquiera «al quinto cielo».

Dostoievski (2003), como hemos indicado, no estaba ajeno a estas preocupaciones, allá en la Rusia decimonónica. Observaba cómo se estropeaban los vínculos comunitarios del pueblo ruso y la forma en que «un intelectual del siglo XIX debe, y está obligado moralmente, a ser un sujeto fundamentalmente sin carácter» (pp. 70-71). La humanidad y la naturaleza tendrían que ser sacudidas con las guerras mundiales originadas en Europa, para que una parte de la primera se percatase del aspecto negativo encerrado en el ideal del progreso. Y es que en nombre del progreso el nacionalsocialismo alemán acabó con seis millones de judíos y se apoderó de Europa, ahogándola en sangre y luto. En su nombre Estados Unidos lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki irreparables bombas atómicas. Tal panorama afectaría la finísima sensibilidad de Walter Benjamín (1973), quien expresaría estéticamente la vocación ruinosa del credo progresista asumido por la racionalidad occidental. Para ello recurre al cuadro *Angelus Novus*, del pintor alemán Paul Klee, presentando una escena en la que destaca el papel del Ángel de la Historia:

Al contemplar el cuadro histórico el Ángel se detiene, no en las cifras secas o informaciones superficiales: él observa las realidades penosas, ruinosas, las secuelas que deja a su paso el huracán, que no representa otra cosa que el progreso. Es en nombre del progreso que la humanidad ha visto arruinarse, degenerarse [...], también la naturaleza. Y el progreso, en su paso avasallador –el huracán–, no subsana ni se detiene a reparar los daños infringidos, pues el viaje al paraíso no tiene tiempo para evaluar lo acontecido. Su mirada está puesta en el fin, que reside en un futuro paradisiaco. Parfraseando a Maquiavelo: llegar al paraíso justifica dar cualquier paso (p. 177).

Discusión

Lleno de perplejidad y colocado en su país del lado de los sectores pauperizados por el capital de la nueva era neocolonial, Bonó se percató, con particular sensibilidad social y singular mirada crítica, de las consecuencias nocivas de la expansión por el globo de la ideología de progreso: «explotación de hombres y de cosas», «disolución de los vínculos sociales», «lamentos de los infelices aplastados», «grandes



dolores y miserias», «escombros de nuestro haber», «pobreza», «de-sastre» y «ruinas». Y mientras observa cómo se arremetía contra una naturaleza casi virgen, el sabio dominicano eleva al cielo sus clamores para denunciar, por vez primera en Latinoamérica y el Caribe, la existencia de una «tierra devorada por el monopolio», la «esterilización de suelos» y la «destrucción de riquezas naturales». Pero, ¿estaba el pensador exagerando la nota o, más bien, acogía en lo más profundo de su ser la situación dramática por la que atravesaba la sociedad dominicana del último cuarto de siglo XIX?

Este disenso crítico de Bonó en torno al falso *progresismo* modernizador operado en República Dominicana (que se sirvió de dos dictaduras para llevar a cabo la acumulación originaria de capital: la de Ulises Heureaux a finales del siglo XIX –la cual presenció Bonó– y la de Rafael Leónidas Trujillo entre 1930 y 1961 –que silenció sus escritos–) «fue interpretado por algunos como una actitud cerrada al progreso y hasta medieval» (González, 1994, p. 33). Es por tal motivo que su amigo Gregorio Luperón (1974), al darse cuenta de la mala propaganda montada en contra del intelectual caribeño, sale en su defensa: «Han querido varios destruir su reputación de hombre progresista, condenándolo como si inapelablemente rechazara los modernos progresos, sin duda porque no se han penetrado del espíritu de sus escritos ni de los propósitos de su mente» (p. 77).

Los enjuiciamientos pioneros dirigidos por Bonó a la religión secular de progreso conservan vigencia a más de un siglo de distancia. Hoy el tópico del progreso es de uso cotidiano por parte del liderazgo político nacional y el imaginario social. No es, ni por asomo, una palabra muerta. Por el contrario, da nombre a partidos políticos, entidades financieras, residenciales, calles, y es una *idea-fuerza* empleada en nuestra región desde el siglo XIX hasta el presente, al modo de una consigna redentora. De tal suerte que las masas resultan encantadas con las promesas de que progresarán; pero muchos sectores van despertando al descubrir su significado oculto, su efecto seductor capaz de subir a cualquiera «al quinto cielo» como decía Bonó. Entonces, claro está, la máscara se rompe y quedan al descubierto el descaro y el engaño que se ocultaban. Al paso de los años, y a pesar de ser tan poco conocido en su propio país y en la región, Pedro Francisco Bonó se revela como un intelectual responsable cuyos planteamientos son de significativa validez para nuestra época. La suya es la única crítica hecha en República Dominicana contra la noción de progreso tal como era entendida y aplicada por liberales y positivistas. Pero más aún: es con toda probabilidad el cuestionamiento más sistemático, de más hondo



calado y de mayor relevancia ética llevado a cabo en Latinoamérica y el Caribe –cuando no sea a nivel de todo el continente–, acerca de la utopía de progreso; razón por la cual puede argumentarse que «Su crítica a la ideología del progreso fue el primer grito latinoamericano por un orden nacional que incluyera a las clases populares» (González, 1994, p. 12). Y esta es una de sus grandes virtudes.

Para nosotros, resulta comprensible y coherente que Bonó proscribiera de su léxico el vocablo «progreso» durante los últimos veintitrés años de su vida; sin duda debido a la injusticia y alienación que encerraba, pues se prometía un paraíso futuro para cuyo alcance las «clases de abajo» debían negarse a sí mismas en la vida presente. En lugar de *progreso* Bonó prefirió emplear el término *felicidad*, para referirse a un estado deseable de máximo bienestar para la colectividad dominicana, no para un sector exclusivamente. Para finalizar, dado que la teoría de progreso es todavía ampliamente usada como un *tópico* importante por gran parte del liderazgo político tradicional, es deber de los intelectuales de hoy examinar sus componentes fundamentales y su carácter paradójico, así como los múltiples efectos que ejerce a nivel del imaginario social. De esta forma se reduciría su gran poder seductor y se pondría al desnudo la porción de demagogia que contiene esta categoría central de la Modernidad.

Referencias

- Benjamín, W. (1973). *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus.
- Bonó, P. F. (2000a). *El Montero. Epistolario* Biblioteca de Clásicos Dominicanos. Vol. xxxi.
- Bonó, P. F. (2000b). *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública*. Biblioteca de Clásicos Dominicanos. Vol. xxxii. Santo Domingo: Ediciones Corripio y Fundación Corripio INC.
- Bonó, P. F. (2000c). Apuntes para los cuatro ministerios de la República. En *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública* (pp. 9-33). Biblioteca de Clásicos Dominicanos. Vol. xxxii. Santo Domingo: Ediciones Corripio y Fundación Corripio INC.
- Bonó, P. F. (2000d). Estudios. Cuestión hacienda. *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública* (pp. 33-43). Biblioteca de Clásicos Dominicanos. Vol. xxxii. Santo Domingo: Ediciones Corripio y Fundación Corripio INC.
- Bonó, P. F. (1980a). *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. E. Rodríguez (Comp.). Vol. xvii.



- Colección Academia Dominicana de la Historia. 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980b). Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 190-251). Vol. xvii. Colección Academia Dominicana de la Historia. 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980c). Privilegiomanía. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 251-252). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980d). Opiniones de un dominicano. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 272-302). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980e). A mis conciudadanos. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 325-330). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980f). La República Dominicana y la República Haitiana. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 337-351). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980g). Congreso extraparlamentario. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 352-398). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bonó, P. F. (1980h). Petición de un alambiquero. En E. Rodríguez (Comp.) *Papeles de Pedro F. Bonó Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo* (pp. 413-416). Vol. xvii. Colección de la Academia Dominicana de la Historia, 2a. ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja.
- Bunge, C. O. (1976). El problema del porvenir del derecho. En L. Zea (Ed.). *El pensamiento latinoamericano* (s. p.). Barcelona: Ariel.
- Campillo, A. (1985). *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*. Barcelona: Anagrama.
- Cassá, R. (2003). *Pedro Francisco Bonó. Biografías Dominicanas*. Toboacán, Santo Domingo: Alfa y Omega.



- Dostoievski, F. M. (2003). *Memorias del subsuelo*. B. Martinova (Ed.). Madrid: Ediciones Cátedra - Impreso Lavel.
- Dotel, P. (2005-2006). La idea de progreso en Bonó, tan desafiante como entonces. *Estudios Sociales*. XLI (142/143), pp. 95-114.
- Giorgis, L. & Arpini, A. (2000). El pensamiento filosófico y político de la independencia tardía: Eugenio María de Hostos y José Martí (pp. 295-318). En A. A. Roig (Ed.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid: Trotta.
- Gómez Moya, U. (1922). *Resumen de la historia de Santo Domingo*. Libro 3. República Dominicana: La Vega.
- González, R. (1994). *Bonó, un intelectual de los pobres*. Santo Domingo: Búho.
- Hostos, E. M. (1979). Civilización o Muerte. En: E. Rodríguez Demorizi (Comp.) *Páginas dominicanas* (pp. 159-177). Santo Domingo: Comisión Nacional de la Feria del Libro - Taller.
- Hostos, E. M. (1939). Falsa alarma. Crisis agrícola. *Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo: Imp. J. R. Vda. García Sucs.
- Jimenes Grullón, J. I. (1974). *Sociología política dominicana 1844-1966*. Vol. I (1844-1898). Santo Domingo: Editora Taller.
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Luperón, G. (1974). *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, II t. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo.
- Martí, J. (1975). *Obras completas*, VI t. La Habana: Editorial Ciencias sociales.
- Minaya, J. (2014). *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Archivo General de la Nación, vol. CCVI. Santo Domingo: Editora Centenario.
- Minaya, J. (2011). *Pedro Francisco Bonó y su aporte a la emancipación cultural dominicana. Ideas éticas y político-sociales* (tesis doctoral), Universidad del País Vasco, San Sebastián.
- Morla, R. (2011). *Modernidad e Ilustración en Santo Domingo*. Archivo General de la Nación, vol. CXXXIV. Santo Domingo: Búho.
- Nietzsche, F. (2000). *El libro del filósofo*. Presentación de Fernando Savater. Madrid: Taurus.
- Pimentel, M. (2007). *Identidad, multi-culturalismo y capitalismo*. Santo Domingo: Editora Universitaria, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Zea, L. (1979). Prólogo. En *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo* (pp. 7-48). México: Sep Diana.